

LIBROS

RECENSIONES

*Las vistas de ciudades españolas de Van den Wyngaerde y los proyectos geográficos de Felipe II**

En comparación con otros países del Occidente europeo, la iconografía histórica de nuestras ciudades resulta ser notoriamente escasa; escasez que no deja de resultar extraña para un siglo, como el XVI, en el que la Monarquía española conocía su momento álgido.

De hecho, para el siglo citado, el grueso de tales representaciones gráficas está constituido por las vistas incluidas en el *Civitates Orbis Terrarum* de Braun, Hogenberg y Hoefnagel¹. Paradójicamente, la serie de perspectivas más numerosa y precisa, dibujada por Anton Van den Wyngaerde, en España conocido en la época por Antonio de las Viñas, ha permanecido hasta hoy inédita y casi ignorada. Realizada entre 1562 y 1570 por encargo de Felipe II, su contenido exacto no fue conocido hasta 1969 (fecha de la publicación del estudio y catálogo de las vistas de Wyngaerde por el profesor Haverkamp-Begemann), aunque desde 1895 se tuvo noticia de su existencia, reproduciéndose en ocasiones diferentes algunos de sus dibujos.

Ahora, por primera vez, se publican esas vistas (conservadas en Viena, Oxford y Londres), que in-

cluyen un total de 54 localidades peninsulares, más el Peñón de Vélez de la Gomera, dos poblaciones no identificadas, y una vista de conjunto del litoral entre Málaga y Punta Carnero. Serie de dibujos deslumbrante por su belleza plástica, pero también por su precisión, fruto de su carácter topográfico, bien distinto de la concepción escenográfica de los grabados de Hoefnagel, como hace notar Richard L. Kagan.

Los dibujos de Wyngaerde son, pues, una fuente de valor inapreciable para la geografía histórica de las ciudades peninsulares; por eso mismo lo son también para la comprensión de algunos aspectos morfológicos de los cascos históricos actuales, en la medida, tan desigual de unas ciudades a otras, en la que los rasgos del pasado han sido preservados o han condicionado el presente. Desde este punto de vista, hasta los mediados del siglo XIX, época a partir de la cual el desarrollo cartográfico y el de la fotografía abren una nueva época de la iconografía urbana, sólo hay otro hito gráfico equiparable al que comentamos; es el que representan las litografías de *L'Espagne à vol d'oiseau*, de Alfred Guesdon², grabadas hacia 1850-55, si bien en este caso la serie de localidades representada es mucho más corta.

Pero la serie de vistas de Wyngaerde no fue fruto del azar, ni de una iniciativa individual, sino ex-

* KAGAN, Richard L. (Director): *Ciudades españolas del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton Van den Wyngaerde*. Ediciones El Viso, Madrid, 1986, 427 pp.

La obra consta de cinco capítulos, más los Itinerarios de Wyngaerde en España. Prescindiendo del primer capítulo, dedicado al papel de Felipe II como mecenas, los demás tienen los enunciados y autores siguientes: «Felipe II y los geógrafos» (R. L. Kagan); «Las vistas de España de Anton Van den Wyngaerde» (E. Haverkamp-Begemann); «Ciudades del Siglo de Oro» (R. L. Kagan); y «Las ciudades del siglo XVI y el urbanismo renacentista» (F. Marías). Nuestra reseña se ciñe al contenido de los capítulos II y III.

En cuanto a los Itinerarios, incluyen un comentario sobre cada una de las ciudades representadas por Wyngaerde, cuyos textos han corrido a cargo de R. L. Kagan y F. Marías.

¹ Existe una edición facsimilar reciente: *Civitates Orbis Terrarum. 1572-1618. In six Parts. With an introduction by R. A. Skelton*. Teatrum Orbis Terrarum Limited, Amsterdam, 1965, 3 vols.

Para el siglo XVII se dispone de las acuarelas que

sobre 86 localidades españolas (algunas simples aldeas, o ventas) hizo Pier María Baldi, como miembro del séquito de Cosme de Médicis en su viaje por Europa. Fueron editadas por el Centro de Estudios Históricos: *Viaje de Cosme de Médicis por España y Portugal (1668-1669)*. Edición y notas por Angel Sánchez Rivero y Angela Martini de Sánchez Rivero. Madrid, [1933], 2 vols.

Pero las vistas de Baldi no son perspectivas caballerías, ni alcanzan la precisión de las de Wyngaerde y Hoefnagel.

² Están reproducidas en *Ingeniería española en la época romántica, es decir, las ciudades españolas tal como las dibujó A. Guesdon a vista de pájaro [...] precedido todo ello por un texto de Juan Benet*. Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, Madrid, 1983, 105 pp.

Esta edición tiene la utilidad de hacer asequibles por primera vez las láminas de Guesdon, que no se encuentran reunidas en ninguna biblioteca ni museo. Por lo demás, es muy poco rigurosa (ni siquiera indica las medidas de los originales), y el texto de Benet no aporta nada sobre la obra de Guesdon ni sobre las ciudades de la época.

presión, por una parte, de las concepciones geográficas de la época y, de otra, del interés de Felipe II por esa misma disciplina, heredado de su padre.

Carlos I sintió curiosidad por la astronomía, la cosmografía, la geografía y el mundo natural, materias en las que se instruyó con Alonso de Santa Cruz y Pedro Apiano, interesándose igualmente por la cartografía. Esas aficiones del emperador las heredó su hijo Felipe, quien desde los 14 años recibió instrucción en las disciplinas geográficas, familiarizándose, aparte de Ptolomeo y Pomponio Mela, con el *De Revolutionibus* de Copérnico y la *Cosmografía* de Apiano.

De Apiano recibió Felipe II la distinción, de raíz ptolemaica, entre geografía y cosmografía, según la cual ésta última se identificaba con la topografía. Pero además, para Apiano, como para la mayoría de los geógrafos de la época, la descripción topográfica de las ciudades era esencial para alcanzar una descripción científica de la Tierra.

Aparte de la instrucción recibida en España, el príncipe Felipe, durante su estancia en los Países Bajos iniciada en 1549, conoció la obra cartográfica de Mercator y Van Deventer, ambos al servicio de Carlos I, así como la de Heronimus Cock, y acaso conociese también entonces los trabajos sobre ciudades de Van den Wyngaerde. En 1556, durante su segundo viaje a los Países Bajos, nombró geógrafo real a Van Deventer, a quien en 1559 encomendó un estudio geográfico de las ciudades de Flandes, que daría como resultado una serie excepcional de planos de 250 poblaciones de aquel país.

A partir de su retorno a España en 1559 el interés del rey por la geografía científica se tradujo en su apoyo a la continuación del proyecto cartográfico impulsado por su padre y encaminado a conseguir una cartografía detallada de España; proyecto que había sido puesto en manos de Pedro de Esquivel, profesor de matemáticas en la Universidad de Alcalá de Henares, y de Felipe de Guevara, y cuyos primeros mapas estuvieron terminados poco después de 1566, acabando finalmente la obra Juan de Herrera.

Fruto igualmente del interés geográfico de Felipe II fueron las *Relaciones para la descripción general de España*, proyecto que puso en marcha en 1575, al cuidado de Esquivel, Juan de Ovando, Ambrosio de Morales y Juan López de Velasco, éste último cronista real y autor de una *Descripción de las Indias*. El objeto de esas *Relaciones* era obtener información que pudiera servir para completar los mapas de Esquivel y para preparar una Descripción histórica y topográfica de España. Como es sabido, las *Relaciones* no llegaron a completarse, del mismo modo que tampoco llegarían a concluirse las *Relaciones de Indias* iniciadas en 1578. Para suplir en parte el proyecto inconcluso el rey encargó al cronista real Andrés García de Céspedes la redacción de una «General Corografía e Historia de España», terminada después de la muerte del monarca.

Otras manifestaciones del interés de Felipe II por la geografía son la colección de libros sobre la materia que reunió, su apoyo a la edición de obras

de esa naturaleza, el impulso dado a la creación de la Academia de matemática que Juan de Herrera fundó en Madrid en 1582, y la colección de instrumentos astronómicos, mapas y vistas topográficas que formó.

En relación con ese interés de Felipe II por la geografía científica se hallan las vistas de Wyngaerde, las cuales, junto con los mapas de Esquivel y las *Relaciones Topográficas*, estaban encaminadas a conseguir una adecuada descripción de España. Pero, aparte de esta razón científica, el encargo a Wyngaerde se inscribe también dentro de una corriente cultural de la época, acentuada por el descubrimiento de América, y en virtud de la cual el interés por los países remotos corría parejo con el deseo de conocer mejor los próximos; en relación con esta corriente está la relativa frecuencia de las «salas geográficas» en los grandes palacios del Quinientos.

Pero cualquiera que fuese el uso final al que los dibujos de Wyngaerde estuviesen destinados en el proyecto de Felipe II, Haverkamp-Begemann demuestra cómo, años después de la muerte del artista, ocurrida en 1571, el famoso impresor de Amberes Christoph Plantin tuvo interés en grabarlos. Antes de 1587 los dibujos estuvieron en sus manos, y de al menos 15 de ellos se hicieron dibujos para el grabador, de 590-595 mm. de anchura; no estaban pues destinados al *Civitates Orbis Terrarum*, cuyos grabados vienen a tener la mitad de la anchura indicada, sino a un atlas de ciudades diferente, que no llegó a publicarse, y cuyas descripciones correrían a cargo de Enrique Cock. En opinión de Haverkamp, hubiese sido el atlas de ciudades «más avanzado, monumental y homogéneo de su época», y «habría dejado en ridículo» la obra de Braun Hogenberg, que seguramente se benefició de las vistas de Wyngaerde, a través del conocimiento que de ellas debió tener Hoefnagel, quien viajó por España entre 1563 y 1567, años en los que Wyngaerde hacía sus dibujos.

He aquí, pues, recuperada no sólo la imagen visual de la obra de Wyngaerde, sino también su sentido, y con ello una parte importante de la historia de la geografía en España; todo ello, a través de una edición espléndida y rigurosa.— FRANCISCO QUIROS LINARES.

*Lisboa: La quiebra del espejo del «Estado Novo»**

Acaso por tratarse de una tesis doctoral, este estudio sobre la Lisboa contemporánea, que tantos paralelismos presenta con las ciudades españolas, aparece precedido de un a nuestro juicio dilatado capítulo introductorio encaminado a decantar los presupuestos epistemológicos y metodológicos de partida. Desde posturas confesadamente marxistas, asentadas en textos de F. Indovina y M. Castells entre los autores más citados, se persigue un análisis de los procesos de estructuración económico-

* MATIAS FERREIRA, Vítor: *A cidade de Lisboa: de capital do Império a centro da Metrópole*, Lisboa, Publicações Dom Quixote, 1987, 343 pp.